

CLUB DEL MISTERIO

BRETT HALLIDAY



**ANTES DE
DESPERTAR**

9

«Odio a mi madrastra». Tan pronto como comienza esta magistral novela, nos enteramos de que April, la sofisticada, se ha denunciado a sí misma con aquella frase definitiva. Y sin embargo, el clima de suspenso, el interés absorbente que distinguen a esta estupenda creación, mantienen al lector fascinado a través de todo el relato, hasta el desenlace mismo, tremendo y sorprendente.

Comenzar denunciando al criminal, revelar sus propósitos e iniciar así, justamente donde otros terminan, una novela de apasionante lectura, es proeza que sólo puede esperarse de un maestro.

Y Brett Halliday es un verdadero maestro del género.

ORDEN DE APARICIÓN *de los personajes*

APRIL HADDON, que relata la historia.

FLORENCE RIDDEL, madrastra de la misma.

ELLEN CHASE, corresponsal de April.

JOHN ALEXANDER HADDON, padre de April, fallecido.

ELSIE, una muchacha mulata, criada de Florence.

DR. DRISCOLL, abogado de *Mr.* Haddon.

JED HOLLOWAY, constructor naval.

HALE y WINTERS, agentes.

ALONZO WICKWIRE, jefe de policía.

A. L. JACOBS, médico forense.

HENRY HARRIS.

DR. ELDER, médico.

EL JUEZ CROTHERS.

FAMILIA PERDUES.

ROBERT BAGGS.

GENEVIEVE KILROY.

Viernes 3 de septiembre

Odio a mi madrastra.

Esta es la exposición franca, clara e inequívoca de un hecho. Me encanta leerla asentada en un papel, delante de mí.

Lo cierto es que durante casi dos años he estado esperando el momento de odiarla. Siempre he querido experimentar ese sentimiento hacia ella, pero he procurado obrar con justicia al respecto.

Sin embargo, no se puede odiar total y completamente a una persona a la que uno nunca ha visto. No se puede hacerlo hasta que se la encuentra cara a cara, hasta que uno descubre por sus propios medios que esa persona es todo lo odiosa y despreciable que uno esperaba que fuese.

Ahora tengo la satisfacción de saber que Florence es exactamente como me la había imaginado desde la muerte de mi madre, desde que mi padre me escribió esa extraña carta que siguió a su deceso, en la cual pude leer entre líneas tantas cosas.

Ahora resulta extraño, por lo que recuerdo de la carta, que mi padre hubiese podido decir tantas cosas ciertas acerca de Florence Riddel, sin siquiera (estoy segura) saber que eran ciertas. Si bien en aquel entonces yo tenía dieciocho años, no era más que una niña comparada con mis sentimientos actuales. Sin embargo, recuerdo haberme conolido mucho por mi padre. Sé que él no sospechaba que yo leería entre líneas en su misiva, ni sabía que había algo ahí para que yo lo descubriese. Era un hombre sencillo y sincero. Dulce y bueno, pero de ideas confusas. Estoy convencida de que amaba entrañablemente a ma-

má, pero también estoy segura de que nunca la comprendió. Y tampoco me comprendió a mí. Creo que deseché toda idea de tratar de llegar a su entendimiento, cuando cumplí doce años. Mamá y yo llevábamos nuestras propias vidas –apartadas de él– y eso no parecía interesarle mucho. Supongo que había descubierto sus propios defectos, y se había resignado a ocupar la única posición que le correspondía.

Pero me estoy adelantando demasiado. O me estoy atrasando. O lo que sea. Lo cierto es que estoy decidida a exponer esto claramente, tal como ha ocurrido, tal como lo vea ocurrir en los días venideros.

Por el momento, no estoy muy segura del motivo por el que me parece tan importante trasladar todo esto al papel. Pero estoy convencida de que es importante hacerlo. No quiero esperar a que todo haya terminado. Deseo anotar todo incidente, mientras esté fresco y vívido en mi mente. Si se esperan algunos días, el cerebro tiene la facultad de distorsionar los hechos y las impresiones, fuera de toda proporción. Naturalmente, ese es un artificio de la imaginación humana. A veces, uno cree estar contando la pura verdad, cuando en realidad se trata de una red de falsas sensaciones.

Un ejemplo de ello es lo que recordé hace un momento acerca del efecto que tuvo sobre mí la carta de mi padre, esa en la que mencionó por primera vez el nombre de Florence Riddel. Con toda honestidad, *creo* que en ese momento experimenté tales impresiones. Pero eso ocurrió hace casi dos años. No puedo estar segura. No sé hasta qué punto mi recuerdo actual está matizado por lo que ocurrió desde entonces.

No quiero hacer confuso este diario, esperando hasta que todo¹ haya terminado, para asentar los hechos. No le temo a la verdad. Mi madrastra es la que debería asustarse. Sólo Dios sabe cómo terminará todo esto, pero debo

llevar este diario para no confiar exclusivamente en mi memoria.

Por ello voy a escribir un poco cada día, o cada vez que ocurra algo que me parezca lo suficientemente importante como para anotarlo. Esto lo estoy escribiendo ahora en mi habitación, con la puerta cerrada con llave. Le dije a Florence que Filen Chase y yo estamos escribiendo una novela en colaboración, y que pienso enviarle los capítulos de la misma por correo, a medida que los termine. En esa forma, no sospechará lo que en realidad estoy haciendo, y no intentará impedirme que periódicamente despache partes de este diario. No bien termine estas primeras páginas, le enviaré una carta a Filen, informándole que pronto empezará a recibir gruesos sobres de tamaño oficio, los cuales deberá guardar sin leer, en lugar seguro. No será necesario que le explique a Filen lo que estoy haciendo, ni el motivo por el cual no deseo que nadie lea lo que le envío. Filen es la única persona de este mundo en la que confío que hará exactamente lo que le pida, sin averiguar nada. Le bastará saber que soy yo quien se lo solicita. Nos comprendemos mutuamente, y después de decir esto, no es necesario aclarar nada más.

Además, en esta forma podré sentirme completamente segura. Nunca habrá en la casa, en un mismo momento, más que unas pocas hojas escritas a máquina. Podré trasladar al papel cada impresión y cada emoción, mientras estén todavía vívidas en mi mente. Por ejemplo, puedo afirmar que Florence es definitivamente una perra. Es vulgar, desagradable y malintencionada. Puedo escribir tranquilamente y sin temor que deseo que estuviese muerta, y que nada me encantaría tanto como eliminarla, siempre que pueda idear un plan para hacerlo sin despertar sospechas.

Por lo tanto, a esa categoría pertenecerá mi diario. No ocultaré nada. No tendré vergüenza. No le temeré a la *verdad*.

Pero debo empezar por el principio, por el momento en que, ayer por la tarde, vi a Florence por primera vez. Después de recibir su telegrama, volé hacia el Este desde California, y el encuentro se produjo al promediar la tarde. Yo tenía calor, estaba agotada, y me dolían todos los músculos después de un viaje interminable y azaroso hecho desde la ciudad, en el ferrocarril de Long Island. No era un fin de semana, y por lo tanto no había animación festiva entre los pasajeros. Granjeros y pescadores, con sus esposas rechonchas y sus criaturas sucias, hombres rubicundos, de grandes manazas, que se saludaban a gritos de un extremo al otro de los vagones; mujeres con vestidos ordinarios, cargadas con enormes paquetes y bolsones repletos, y minúsculos chiquilines que lloraban a todo pulmón. No quiero dar a entender que yo me sienta superior a ellos porque me encuentre en una mejor situación económica. Calculo que soy tan democrática como cualquiera, pero...

Al llegar a destino, conseguí un taxi. Ese fue un resultado afortunado de la categoría de pasajeros que descendían del tren. Había dos coches estacionados, y calculo que yo debía ser la única que se encontraba en condiciones de pagar sus tarifas, porque ambos chóferes convergieron hacia mí, y trataron de tomar mis valijas. Escogí al más joven y más viril de los dos, y dejé que cargase mis maletas en el baúl portaequipajes, y le pedí que me llevara a la mansión Haddon, en la costa de la bahía. El conductor hizo un gesto afirmativo, sin formular ninguna de las impertinentes preguntas que generalmente se oyen de labios de los chóferes nativos, en ciudades como Midhampton. Pasó rápidamente frente a la escuela, y entró al distrito comercial.

Nada había cambiado en los dos años transcurridos. Lote mismos comercios desagradables, con los nativos con ropas de trabajo y los residentes veraniegos con vestidos estampados de colores alegres. Al mirar por la venta-

nilla del taxi, y ver que todo seguía igual, experimenté una sensación de irrealidad. Era como si yo nunca hubiese estado lejos de allí.

El viaje fue corto, y saqué de la cartera los cincuenta centavos de la tarifa, y otros veinte de propina, en momentos en que el taxi se detenía frente a la vieja casona donde había pasado tantos veranos.

Tampoco ella había cambiado. El césped estaba recién cortado, pero el cerco de ligustro estaba un poco desparejo. El porche del frente y los marcos de las ventanas tenían una capa fresca de pintura blanca, según noté mientras esperaba que el chófer abriese la portezuela del coche.

Le puse el dinero en la mano, y en ese momento se abrió la puerta de la casa. Supe que era mi madrastra, no bien vi su figura vestida de negro recortada sobre el umbral.

Se había puesto luto. ¡Qué ridiculez! Pero no sólo era ridículo y fuera de moda, sino también sacrílego. Un insulto a mi padre. ¿Quién era ella para hacer ese despliegue ostentoso de dolor? Naturalmente, él se había casado con ella después de la muerte de mamá, pero yo nunca podía acostumbrar mi mente al hecho de que fuese su esposa. Tuve la sensación de que había planeado eso por el efecto que esperaba que tendría sobre mí..., como si hubiese colgado un cartel sobre su pecho, para que lo viese todo el mundo, proclamando: *Yo, por lo menos, me interesaba lo bastante en John Haddon como para guardar luto por su muerte.*

No se me ocurren las palabras adecuadas para explicar la sorpresa que significó eso, la afrenta que constituía verla vestida de negro en la puerta de la casa. El chófer distrajo mis pensamientos, al preguntarme lo que debía hacer con las valijas.

—Déjelas del otro lado del portón —dije—. Los sirvientes las entrarán.

Y una vez terminada la frase, me encaminé hacia mi madrastra.

Florence es una de esas mujeres que tendrían un aspecto rústico aun con una creación exclusiva de Balenciaga. Sus manos son como las de un hombre, anchas, con dedos de puntas cuadradas. Tiene pies grandes y tobillos musculosos. Carece por completo de cintura. En ella hay una pesada solidez que hace pensar en un caballo de tiro.

Su rostro también es pesado, suave y desigual. No es gruesa, pero tiene carnes duras. Se peina los cabellos rubios en dos trenzas, que le coronan la cabeza en un estilo que probablemente alguien le señaló como de carácter regio. Sus cejas son claras y sin depilar. Tiene una boca ancha y pálida, y sus extremos están permanentemente curvados hacia arriba, en una tenue sonrisa que no condice con el resto de sus facciones.

No recuerdo haber notado conscientemente todos estos detalles en Florence, pero vinieron a mí cuando comencé a escribir acerca de ella. Eso demuestra todo el poder del subconsciente. De lo único que me di cuenta en ese momento fue de que me inspiraba una profunda aversión. Recuerdo haber pensado: «Es tal como la había imaginado. Horrible en toda su personalidad».

En parte fue efecto de su misma solidez, mientras estaba frente a mí, manteniendo abierta con la mano izquierda la puerta-persiana, y mirando cómo yo avanzaba por el sendero. Casi sentí un escalofrío que me corría por la columna vertebral. De ella emanaba una especie de fuerza interior. Los grandes pies, calzados en zapatos negros de taco bajo, estaban bien separados, sosteniendo las gruesas piernas y el cuerpo pesado.

Hasta cierto punto, eso fue una sensación premonitrice. Una ominosa indicación de que no sería fácil desembarazarse de ella. Su postura sugería que era ella quien ocupaba su lugar en la casa de mi padre, y que yo era la intrusa. En su aspecto y en la forma plácida en que espera-

ba que yo me acercase más, había algo de implacable. Su suave frente no mostraba arrugas, y sus ojos celestes no manifestaban curiosidad por ese primer encuentro.

Me detuve al pie de la escalinata, y su voz me llegó por primera vez. Tenía un tono profundo y dulzón que me erizó los nervios con mayor efectividad que si hubiese sido áspera y cortante.

–Supongo que eres April –dijo.

Con el pie sobre el primer escalón, me limité a mirarla. Pensé en varias respuestas obvias que podía haber dado a su estúpido comentario, pero me limité a dirigirle lo que esperaba fuese una mirada hiriente, y no pronuncié palabra.

–Había pensado que tu demora se debía a que habías estado comprando ropa adecuada –agregó, sin levantar la voz ni darle a sus palabras una entonación particular. Siguió estudiándome con la mirada.

Entonces comprendí que ella había supuesto sinceramente que yo había recorrido todo Hollywood, en busca de ropas de luto, antes de partir para el Este Sentí deseos de reírme en su cara. Miré mi vestido. Era de un gris brillante, con un cinturón delgado, color borravino, de cocodrilo, que hacía juego con mis sandalias de taco alto y de puntera abierta.

–Tuve que hacer cosas más importantes antes de poder venir –respondí serenamente, mientras subía la escalinata.

Ella no retrocedió ni un paso para que pudiese entrar. Permaneció inmóvil, mirándome con sus ojos claros y fríos.

–Creo que te habría reconocido en cualquier parte –comentó–. Tienes la boca y el mentón de tu padre.

–¿De veras? –pregunté–. No entiendo cómo pudo habérselas arreglado sin ellos –continué despreocupadamente, mientras me quitaba los guantes grises y me imaginaba que mi desprecio la había alcanzado, aunque no

dio señales de ello—. Si no tiene inconveniente, me agradecería entrar. El viaje me ha fatigado mucho.

—Pareces acalorada —murmuró plácidamente, y siguió inmóvil, pero miró por encima de mi hombro, hacia las valijas apiladas sobre la vereda—. ¿Por qué no entramos en seguida tu equipaje? Luego podrás ponerte algo más cómodo.

Avanzó, y la puerta-persiana se cerró. Me hice a un lado, y dije fríamente:

—¿No cree que los sirvientes se pueden ocupar de las maletas?

—Actualmente tengo una sola mucama —respondió, deteniéndose sobre el borde del porche—. Y creo que tiene suficiente trabajo, sin que la haga realizar las tareas de changadora.

—¿Y cree que las haré yo? —exclamé, tan sorprendida por su tono, que las palabras huyeron impensadamente de mi boca.

Ella me miró con esa sonrisa vagamente condescendiente, esbozada en los extremos de su boca, que me hace estremecer cada vez que la recuerdo.

—¿Quieres tener las valijas adentro? ¿O acaso prefieres que queden en la vereda?

—Me agradecerá mucho tenerlas adentro, si usted quiere traerlas —respondí, y seguí mi camino, por delante de ella.

El vestíbulo no era el de antes. Vi en seguida que todo había sido reformado. El hermoso roble vetado de la puerta estaba cubierto por una capa de pintura marfil, y el papel de las paredes era de un castaño claro, con pinceladas doradas. Al mirar por las puertas vidrieras dobles que había a la izquierda, noté que la sala había recibido el mismo tratamiento. El magnífico artesonado que mi madre había adorado había sido destruido por el gusto vulgar de esa mujer. Yo hervía por dentro.

Florence apareció silenciosamente a mis espaldas.

–Ocuparás el cuarto del ala oriental –dijo–. Si quieres subir, creo que lo encontrarás preparado.

Sus manos estaban vacías. Después de todo, no había traído las valijas.

Oí que alguien bajaba la escalera, y levanté la vista para encontrarme con una muchacha mulata, de rostro agradable, ataviada con un limpio vestido de algodón. Cuando hubo llegado al pie de la escalera, Florence dijo:

–Esta es Elsie. La señorita Haddon, Elsie, que ha venido a estar un tiempo con nosotros.

La mucama me hizo una inclinación de cabeza, murmuró algo y se encaminó resuelta hacia la sala.

–Por favor, Elsie –dije–, entra mi equipaje. Creo que iré a mi habitación.

–Elsie tiene que preparar la cena –informó severamente Florence–. Puedes volver a la cocina, Elsie.

La muchacha me dirigió una mirada de extrañeza, hizo una corta reverencia y desapareció. Yo pasé frente a Florence y subí lentamente la escalera. Durante todo el trayecto, hasta arriba, tuve la sensación de que Florence no se había movido de su posición, y me observaba, en silencio y segura de sí misma, con esa tenue sonrisa de los extremos de su boca. Me trataba exactamente como si fuera una chiquilla encaprichada. Estoy segura de que estaba convencida de que había tenido éxito en su intento de «levantarse con el pie derecho».

La rabia me hizo temblar, pero sabía que tenía que contenerme firmemente. Debía conservar la calma, para poder resolver adecuadamente la situación. Las rápidas lágrimas se secaron en mis ojos, y los dejaron ardiendo con una furiosa determinación.

La puerta del cuarto del ala oriental estaba abierta. Había sido mi habitación desde la época que podía recordar. Mis padres habían ocupado siempre el amplio dormitorio del ala sudoeste, y el más pequeño, situado al sudeste, estaba destinado a los huéspedes. Además, en los fondos,

había dos cuartos más pequeños, con su baño privado, para la servidumbre.

Pensé que Florence había ocupado el cuarto del su- doeste cuando había llegado para vivir con mi padre, y ahora lo reservaba para ella.

Eso no me importaba. Siempre me había atraído más el pequeño, y más íntimo y alegre cuarto oriental. El techo es bajo sobre las ventanas, y sube hacia la pared interior, sobre la cabecera de la cama, dándole un aspecto de estudio. Siempre me había sido reservado cuando yo había estado en la escuela o de visita, y yo lo había imaginado como un refugio hogareño, al que podía volver siempre que lo deseara. También ahí había cambiado todo. Temblé con una sensación de profunda ira cuando cerré la puerta y miré a mi alrededor, para ver lo que había hecho Florence con ese cuarto, el único que podría haber dejado tal como había estado.

En comparación con lo que he llamado su «gusto vulgar», en la redecoración del vestíbulo y la sala, sólo puedo decir que esa habitación era una atrocidad. Mis grabados, el Brueghel y los otros, que habían sido coleccionados con tanto cuidado, y colgados con tanta dignidad todavía pendían de las paredes. Pero ahora chillaban dolorosamente protestando, contra los lazos de pimpollos rojos que formaban un borde alrededor del empapelado que se habían tornado verde pasto. Había cortinas de organdí a los costados de las ventanas con persianas verdes, y una alfombra blanca y barata, de lana, a los pies de lo que en un tiempo había sido mi hermosa y sólida cama de nogal. Pero ya no lo era. Su delicada y bien trabajada madera estaba cubierta por una violenta pintura orquídea que me hizo revolver el estómago. Dos valiosas sillas antiguas habían sido pintadas para hacer juego con el lecho, y el tocador tenía sus patas curvas talladas cubiertas por una brillante «falda» floreada.

Era demasiado, y lo había descubierto con excesiva rapidez. Me dejé caer sobre el borde de la cama, me cubrí el rostro con las manos y le di rienda suelta a la debilidad. No podía pensar que lograría pasar una sola noche en esa casa. Por un momento, me alegré de que mis valijas estuviesen todavía apiladas sobre la vereda. Podría llamar un taxi e ir a un hotel, donde por lo menos pasaría esa noche. Hasta que leyesen el testamento de papá y descubriesen quién de nosotras se quedaría con la casa. Podría llegar a un arreglo con el abogado para que me facilitara el dinero necesario para vivir, hasta que se hiciese el reparto y yo recibiese lo que me correspondía.

Entonces recordé que no podía irme. Ni siquiera por una noche. No tenía dinero. Dependía por completo de mi madrastra, en lo referente a un lugar para dormir y a comida para alimentarme, hasta que recibiese algo a cuenta de mi herencia. Había cometido una tontería al no pedirle a Ellen más dinero, antes de partir de Hollywood. Ella me había invitado a que llevase algo más, pero ya le debía tanto que había pensado que lo mejor sería tomar sólo lo necesario para el viaje. En realidad, la culpable había sido la compañía de aviación. Cuando había llamado a su oficina para preguntar el precio del pasaje a Nueva York, me lo habían informado, pero se habían olvidado de agregar el impuesto destinado al gobierno. No supe nada de eso hasta el día siguiente, cuando fui a comprar el pasaje, de modo que en lugar de guardar una reserva, había llegado a Midhampton con menos de cinco dólares.

Decidí que tendría que aguantar una noche. Indudablemente, no podría confesarle a Florence que estaba arruinada. Conocía al señor Driscoll, el abogado de mi padre, y podría ponerme en contacto con él al día siguiente.

Eso es lo que pensaba ayer. Hoy es el día siguiente, y las cosas han cambiado mucho. Hasta qué punto llega la diferencia, es algo que todavía no he podido captar. Ese es uno de los motivos que hacen que me sienta más alivia-

da al escribir esto. Las cosas se aclaran cuando se las pasa al papel en esta forma.

Eran las últimas horas de la tarde cuando yo permanecía sentada sobre el borde de la cama, secándome rabiamente las lágrimas de los ojos. No le daría la satisfacción de ver que había estado llorando. Se hacía tarde. Podía ver una mancha de color en el horizonte, y el murmullo del oleaje constituía un ruido conocido y tranquilizador.

Comprendí lo cansada y acalorada que estaba después del largo y agotador viaje desde la costa occidental, y empecé a enfurecerme nuevamente.

Pero esta vez mi cólera no me llevó al llanto. Eso había terminado. Era una fría determinación que me dominó el cuerpo y la mente y me enfureció contra Florence. No me ocultaría en mi habitación, detrás de la puerta cerrada, como una criatura asustada. Necesitaba un baño y una muda de ropa fresca. Entonces podría enfrentar a Florence serenamente, y hacerle entender que no estaba dispuesta a someterme pacíficamente a ninguno de sus caprichos. Me esforcé por recordar que ésta era mi casa y que ella era una intrusa. Si alguien tenía que abandonar la mansión, sería ella y no yo.

Cuando me miré en el espejo, llegué a olvidar la fealdad del cuarto. Yo estaba horrible. Saqué la polvera del bolso, me apliqué el maquillaje e inmediatamente me encontré mejor. Luego me quedé sentada, y pensé largo rato.

Decidí olvidar lo que Florence le había hecho a la casa. Ya no era una niña, y en realidad no sentía un cariño esencial por el lugar donde había pasado todos los veranos de mi infancia. Nunca me había atraído mucho Midhampton. ¡Oh!, era un lugar agradable, una vieja ciudad adormecida, con un sol brillante y árboles verdes, y baños de mar. Pero la gente que lo visitaba en verano era bastante tosca, y sus habitantes permanentes eran imposibles. Nunca había tenido verdaderos amigos en la ciudad, y me sorpren-